

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Lunes 8 de Octubre,

El Eco de Cartagena

Nuestro colega *La Fè* publica la traduccion de un artículo del *Vassirette* de Constantinopla, que dibuja gráficamente el estado de la opinion política en Turquía.

Dice así:

«Diariamente nos ocupamos del estado actual de las cosas; pero necesario es también decir dos palabras acerca de los sucesos pasados, que han sido precursores de los actuales. Como ya lo hemos dicho, sólo nosotros los musulmanes podemos poseer este país, que ocupa un puesto en la balanza política inventada por los europeos.

«Pero la emulacion y la envidia de los Estados europeos, que, bajo pretexto de determinados intereses en Oriente, tratan de adquirir influencia en Turquía han modificado el aspecto de la cuestion; no contentos con desenvolverse en interés propio las y, relaciones comerciales, imponen á Turquía un sistema político en que campean la astucia y la mala fé.

«Para la realizacion de esta política infame, han inventado, además del pretexto del comercio, otros dos medios: primero, la proteccion de los derechos de sus nacionales no musulmanes y de los súbditos otomanos; segundo, la intervencion en el arreglo de nuestra Hacienda: quiere hacer constar que el arreglo de la Hacienda, exige la modificacion de la política, y que ambas cosas están íntimamente ligadas entre sí.

«De esta manera los Estados extranjeros han querido obtener intervencion en nuestros asuntos políticos bajo pretexto de ocuparse de nuestros asuntos financieros.

«La intervencion extranjera en cuestiones interiores y personales ha corrompido las costumbres de los otomanos. Se han separado durante largo tiempo de su curso natural los negocios de Estado; pero los que han intervenido deben estar satisfechos del resultado de su influencia, pues

to que sus intenciones no eran sinceras.

«Desgraciadamente hay pueblos en Oriente que de vez en cuando se sublevan, sin tener en cuenta para corregirse los males que acarrea y el resultado que producen semejante conducta.

«Así sucede, por ejemplo, á los búlgaros que si el tiempo perdido en insurrecciones lo hubiesen empleado en fomentar la instruccion y el comercio, serian un pueblo feliz, gracias al progreso que deberian á la proteccion del soberano.

«Si Sérvia no se hubieran insurreccionado contra su soberano, y hubiera permanecido fiel, no nos ocuparíamos de su conducta, que seria respetuosa, como conviene á un principado. Pero ¿qué ganará con su actual actitud? Y los hambrientos montenegrinos, ¿lograrán acaso saciar su apetito?

«Los griegos han sido los primeros que se han corregido; y si continuasen en esta actitud, llegarían á ser los más ricos y los más felices de los pueblos no musulmanes súbditos del imperio otomano.

«¿Qué han ganado los pueblos insurrectos que se encuentran bajo la proteccion de los que les han hecho sublevarse? ¿Han asegurado siquiera la décima parte de lo que han de perder? ¿Han ganado algo en instruccion ó en riqueza? ¿Qué reputacion ni fama han adquirido entre los demás Estados? La historia, ese juez del mundo, demuestra que la riqueza que se encuentra hoy en manos de los súbditos otomanos ha sido adquirida á la sombra y bajo la proteccion del gobierno.

«Y he aquí que Grecia, que por la intervencion de Europa ha recibido forma de Estado, no consigue llegar á una situacion que merezca el nombre de tal. Lo exiguo de sus recursos, el gran número de sus necesidades, y mil otros efectos, impiden hasta ahora que se la denomine con razon Estado, pues carece de lo que cada tribu y cada nacion tiene y debe tener de manera de ser propia y de conducta especial.

«La violencia no transforma las

calidades ni la capacidad. ¿Por qué los israelitas no logran formar un Estado? Porque carecen de la capacidad para ello que antes tenían. Es imposible prescindir de las leyes de la naturaleza. El viejo no puede rejuvenecer. El carnero, por mucho que quiera, nunca llegará á convertirse en camello. Y esto sucede á la nacion griega: nunca podrá recobrar su grandeza y volver á reproducir Hipócrates, Sócrates, Aristides y Alejandro.

«Para los búlgaros es imposible formar un Estado independiente en medio de tres ó cuatro Estados; un Estado cuyos cimientos están labrados con cabezas en lugar de piedras, y en vez de agua sangre de sus antepasados, no se desmembra con facilidad. Al trasladar nuestra nacion de Asia, la hemos establecido en las entrañas de Europa: y hasta que el alma de ésta se separe del cuerpo no saldremos nosotros de Europa. Que aprendan los súbditos otomanos y que recurran á la proteccion de su benéfico gobierno, y estén seguros de que encontrarán la prosperidad y la dicha.»

Misceláneas.

Un episodio de la Guerra de Oriente.

El siguiente caso prueba hasta qué punto raya la adhesion del soldado ruso á sus jefes.

El coronel de lanceros Ouchacof, que se creía prisionero, se ha encontrado en uno de los hospitales de Bucharest con los huesos del codo fracturados. Hé aquí cómo cuenta las peripecias de la escaramuza en que fué herido:

«Entré, dice, con la vanguardia del regimiento en una aldea búlgara. Eran las ocho de la mañana y reinaba gran espanto ó pánico en la aldea. Los habitantes me dijeron que á dos verstas de distancia se habia detenido un convoy considerable escoltado por una columna de tcherkeses.

Sorprender al enemigo de improviso puede considerarse como una

semi-victoria, y por eso sin perder tiempo lancé mi escuadron al trote en la direccion indicada. El convoy era inmenso y se extendia hasta perderse de vista. Sin quemar un cartucho penetramos en medio del convoy descargando mandobles á derecha é izquierda, y recorrimos as más de tres verstas no habiendo llegado aún al término del convoy. Con la esperanza de que este ataque inesperado detendría al convoy en su marcha, lo cual daría al resto del regimiento tiempo para llegar, di orden á mi escuadron de salir por la izquierda en el primer intersticio que se presentara.

En aquel momento vi unos diez tcherkeses escondidos detras de un vallado. No olvidaré en toda mi vida la expresion del rostro de un joven que me apuntaba. Su boca entreabierta dejaba ver una hilera de dientes blancos apretados convulsivamente, y sus ojos brillaban. — «No hareis nada aquí con el sable, dijo al capitán Litvinof; servios del revólver». — Apenas habia pronunciado estas palabras, sentí en el codo un dolor punzante: los tcherkeses acababan de disparar.

Quise volver el caballo para reunirme con el escuadron, pero las riendas se me escaparon de la mano, y el caballo partió á escape... Recuerdo confusamente que alguien cogió las riendas del caballo y lo sacó fuera del teatro de la lucha. No recobré el sentido hasta al cabo de algun tiempo. Estábamos en un bosque, y se hallaban á mi lado dos lanceros de mi escuadron. La sangre corria en abundancia de mi brazo izquierdo.

— «A Dios gracias, no habeis muerto, mi coronel, dijo á media voz uno de los lanceros. Dejad que os vende el brazo; es preciso contener la sangre.

Quise contestar, pero los lanceros me hicieron seña de que callase, indicándome con ademanes que estábamos á algunos pasos del enemigo;

— «Old, muchachos dije en voz baja si el enemigo llegara á descubrirnos no podríais defenderme, lo cual tampoco puedo yo hacer, pero no me da